

DESDE MÁS ACÁ

SALVADOR PÉREZ VALIENTE

*En memoria de Raimundo de los Reyes
que me enseñó a conocer mi tierra.*

UNA FUENTE EN EL PUEBLO

Confieso haber escrito de este pueblo, donde cayó una vez la lotería y se rodara una película, supongo que folklórica, con las palabras melancólicas y oscuras de la llamada edad del pavo. Le debo, desde entonces, esa dimensión meditativa del que empieza a aprender su propio fin. Pero, ¿quién no ha dicho su juventud como si la cercara la muerte? ¿Qué adolescencia no llevó a las espaldas la historia de una tarde? Después, desde lejos, la distancia prestigia el olor humano de las cosas y bien puede que ocurra que aquel que iba para fiscal profese de abogado en la defensa.

Se vuelve un día, pisando literatura y entrañas, ni más ni menos que el pobre caballo de los toros, para comprobar la cuestionable y movediza razón de un mundo que nosotros intentamos de una pieza. Sólo aquí sobre la experiencia dormida, el extranjero que uno es comprende cuán hermosa y verídica fue su nostalgia. Desde esas raíces, desenterrando, a golpe de rectificaciones y amor, ha abierto el huésped la vieja casa familiar, en la que el jazminero aún resistía, y ha recorrido, con ojos nuevos, el paisaje planetario y lumínico.



Azulea cal y siesta, chicharras que cantan acero y temblor, calina a plomo. Y en la puerta del café, donde siempre la "tertulia de los tres reales" deja que el tiempo se repose, como un noble vino solar, y lo va gastando lentamente. Calderilla de costumbre, moneda suelta con la que compramos esperanza. Todo está en su sitio, como ocurrió, y el reloj de la iglesia sigue parado en la hora en punto del atardecer.

Y, sin embargo, algo es distinto; esta frescura manantial que da sombra de árbol y empina a los balcones la flor agreste. Porque ha llegado el agua.

Con sus mil manos, hacendosas y limpias, el chorro puja desde secretos hontanares y tiende una palma de metal sobre la plaza. Se diría que se siente ascender una fuerza nueva, una humedad fructificante que empapa el suelo y trae en el aire los nombres campesinos de rambla y saladar. ¡Hundid hasta el codo el corazón, libertad su vena más honda, vosotros, de secano, a lo que la lluvia prometa...! Crezcáis en agua y alegría mientras el forastero aproxima los labios a la fuente que soñó su niñez.

LA BIRLOCHA

Poníamos de fiesta el cielo, levantábamos en aquel azul niño, contra el malecón y las palmeras, de papel recortado, como si los vasares de la Huerta se preparasen para la luna: lebrillo cartagenero, pozo de flores y caballos, agua de plata de belén.

Hilo arriba, cabeceando, empinada a nubes, la birlocha era en nuestra mano colegial, ave del paraíso y, aún más alta, sensible al tirón, pájaro que se aquieta. Su artesanía, de retales y engrudo, incendiaba en el atardecer el sonido de las campanas, justamente a esa hora, íntima y tibia, en que se muere un poco de perezosa y hastiada soledad.

Olores de acequia y tarquín. Se adivinaba un río, lentísimo, teñido del pimentón molinero, y la torre, al pie de un volcán de rosas vivas, nacía palomos entre apóstoles y guirnaldas. ¡Claridad verde de un ramo de naranjo, recién cortado, sobre el barroco blanco de la baranda!

Y la cometa, con su cola mágica, casi vegetal, temblando de lejanías, despedida por las ropas de los terrados y el gran pañuelo de las sábanas, volaba, paisaje en vilo, otra vez navegante.

De los dedos al corazón, derechamente, su aventura, si entrecerrábamos los ojos, era la del tapiz de Aladino y quién sabe si la de un Julio Verne menos mecanicista que poeta, a escala lírica. Intuíamos en la libertad de la birlocha una



decisión que nos pertenecía y la que, en cierto modo, era condicionada por el tamaño del ovillo de bramante.

Uno se pone a recordar por los caminales amarillecidos; por el humo que duerme en la luz a montones, verídica y desnuda. Y, todavía, mira arriba; detiene su cansancio, busca en el pálido horizonte de la memoria, fluctuante y olvidadiza, la remendada, vieja birlocha aquélla.

